

# Evangelizar en la escuela, retos de una misión compartida

**Antonio Botana\***

## LA BÚSQUEDA DEL TESORO ESCONDIDO

En 1996 se publicaba el *Informe Delors* sobre la educación, con este título: *La educación encierra un tesoro*. La comisión que redactó este informe para la UNESCO recurrió a una fábula de La Fontaine, «El labrador y sus hijos», para elegir el título:

*«Guardaos (dijo el labrador) de vender el patrimonio dejado por vuestros padres.*

*Veréis que esconde un tesoro».*

Los hijos del labrador emprenden una afanosa búsqueda, pensando en un cofre lleno de joyas, escondido en algún lugar del campo. Y como la tarea es ardua y muy amplia, han tenido que ponerse de acuerdo y ayudarse mutuamente. Su trabajo da como resultado una tierra concienzudamente labrada. No encuentran el cofre que esperaban, pero como el campo ha quedado tan preparado, siembran y más tarde descubrirán en la cosecha el tesoro que su padre les había prometido. Y año tras año tendrán que iniciar la búsqueda del tesoro que llegará con la cosecha.

---

\* Secretario para la Familia Lasaliana, Roma.

Felizmente ha habido muchos buscadores del tesoro del que hablamos, aunque nunca suficientes. De manera especial desde el siglo XVII hasta la primera mitad del siglo XX una larga lista de grupos de privilegiados, conducidos por líderes proféticos, supieron encontrar el tesoro escondido en el campo educativo de la escuela. Cuando se dieron cuenta del valor inmenso de ese tesoro, estos buscadores se atrevieron a vender todas sus posesiones para poder comprar el campo; y renunciaron a otros intereses y ocupaciones para dedicarse exclusivamente a la búsqueda de este tesoro. Así surgieron las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza.

Pero el tesoro a que nos referimos, ¿no es algo relacionado con la cultura, lo humano, la iniciación de niños y jóvenes en la sociedad, su integración en el mundo...? ¿Y qué hacen en todo ello esos grupos de personas que, por definición, se reconocen a sí mismas como consagradas a Dios? «*La educación es todo lo que la humanidad ha aprendido sobre sí misma*», dice el Informe Delors al final de su presentación introductoria. Para un creyente cuya fe se asienta sobre el dogma cristiano de la Encarnación de Dios –Dios que ha hecho suyo todo lo humano– el proceso de humanización que es la educación será siempre un lugar de especial predilección para encontrarse con Dios. Y consagrar la vida a guiar a otros en ese proceso será una de las mejores formas de procurar la gloria de Dios.

No tiene que extrañar, pues, que tantos religiosos y religiosas hayan visto en la escuela un lugar apropiado para que el Reino de Dios se realice y para vivir desde él su vida consagrada. Estos grupos de personas no inventaron la escuela, pero la vivieron de tal modo que hicieron de ella un signo del Reino de Dios que está llegando, y un signo de esperanza para el pueblo al que servían. Podemos decir que su manera de buscar el tesoro escondido, su dedicación en cuerpo y alma a esa tarea, y no en solitario sino con la fuerza de la comunidad, pero también la atención que ponen en la persona de los educandos, el hacer de la escuela un lugar de vida y no sólo de aprendizaje intelectual..., todo eso ha provocado la extrañeza, ha hecho que la sociedad y la Iglesia se pregunten por lo que se juega en

ese campo de la escuela. ¿Será tan importante como para merecer la dedicación de unas vidas consagradas?

Tratemos de identificar algunas claves de esa búsqueda del tesoro, tal como lo hacían aquellas comunidades consagradas. Nos darán las pistas para la búsqueda que hoy debemos realizar en una situación de «misión compartida» entre religiosos/as y seglares.

## **El signo de la comunidad**

Sin ninguna duda, la primera clave que salta a la vista es la comunidad. Estos educadores y educadoras consagrados no aparecen como grandes héroes aislados, sino como miembros de una comunidad. Y es la comunidad quien anima y da vida a la escuela. En realidad, la primera aportación que esta comunidad educadora está haciendo al pueblo, a la sociedad, no es lo que cada uno de sus miembros o algunos de ellos enseñen en la clase, sino el signo de vida que la comunidad entera ofrece, un signo que puede ser percibido fácilmente por la gente que rodea la escuela, gracias a la relación de cercanía que, generalmente, ha existido entre estas comunidades y la gente del pueblo.

Allí donde se encontraba una de estas comunidades, era para el pueblo una señal de esperanza y de sentido; su forma de vivir no transmitía la negación de lo humano, sino la búsqueda de su sentido más profundo. El signo que transmitían al pueblo estaba integrado en la promoción de este mundo. El signo era *la comunidad*.

Se trataba de una comunidad consagrada. Esa consagración podía ser traducida fácilmente como disponibilidad para la búsqueda de Dios y el encuentro desinteresado y gratuito con los hombres. Por ello, su presencia en medio del pueblo ha sido al mismo tiempo signo de la encarnación de Dios en la historia humana y signo de la trascendencia de Dios, el cual no nos pertenece sino que somos nosotros quienes le pertenecemos.

Notemos estas tres características:

- Su signo es, en primer lugar, *visible y cercano* a la gente de su tiempo, porque su vida está integrada en la problemática cultural de la sociedad y en la construcción de la sociedad civil desde el ámbito educativo.
- Su signo es *interpelante* porque la respuesta que dan a esa problemática, su contribución específica a la construcción de la sociedad, está planteada desde una lectura de la realidad hecha con una perspectiva desacostumbrada: la de los pobres y marginados. La integración social de estas comunidades se presenta con una opción clara: la preferencia descarada, aunque no excluyente, por los pobres. «Los pobres son evangelizados», ése es el signo de que el Reino de Dios está llegando.
- Finalmente, su signo es *revelador* de lo invisible, de lo que trasciende su propia realidad. La manera que tienen ellos de insertarse en la sociedad no es como meros profesionales sino como comunidad fraterna consagrada a la búsqueda de Dios y cuya motivación última está en su dependencia del querer de Dios. La comunidad establece el puente que permite hacer visible a Dios en este mundo. La comunidad convierte a sus miembros en profetas de salvación.<sup>1</sup>

## **1.2. Un ministerio laical: profesionales de la educación**

La segunda clave la encontramos en la relación directa entre esta comunidad y la escuela. La presencia de la comunidad en la escuela no es una excusa para poder impartir la catequesis o la instrucción cristiana. Si el pueblo los ha aceptado plenamente es porque ha reconocido la profesionalidad de estos educadores y educadoras. Se les ve identificados con la educación; es su tierra, no están en ella de prestado.

---

<sup>1</sup> Las reflexiones que aquí aporto son deudoras en buena parte de las ofrecidas por Pedro Gil en su libro *El futuro de los religiosos en la escuela*. Cuadernos Lasalianos n.º 4, Centro Vocacional La Salle, Valladolid 1996.

Si esto es así, y si estas personas se sienten a gusto y plenamente realizadas en su consagración es porque hay una fuerza interior, una espiritualidad que les ha permitido descubrir el sentido profundo de su tarea humana. Ni siquiera tienen la pretensión de llevar a Dios a la escuela o de hacer presente a Dios en la escuela gracias a su consagración religiosa. En realidad acuden a la escuela para buscar allí a Dios, porque saben que Dios está ya presente en el crecimiento humano de estos niños y jóvenes y en ellos les espera. Su misión se desarrolla en un ministerio laical, lo cual significa que no aporta ninguna dimensión sagrada, sino que señala lo humano, y más concretamente la educación humana, como lugar de la presencia de Dios.

Es un ministerio que tiene pleno sentido en sí mismo. A través de este ministerio laical viven su vida religiosa en plenitud. Han reconocido la educación cristiana de los niños y jóvenes necesitados como la Obra de Dios, la viña a la que su Señor les llamaba a trabajar, un lugar especialmente deseado por Dios para hacer crecer en él su Reino. En esta tierra han visto, como Moisés, la «zarza ardiendo» a la que han de acercarse «descalzos», dispuestos a escuchar y adorar a Dios, porque esta situación *plenamente profana* es también *plenamente sagrada*. Por eso están aquí.

Si pueden reclamar alguna autoridad para estar en la escuela, ésta no les viene de los votos religiosos. Incluso, aunque pueden decir que es la Comunidad eclesial quien los envía, este envío no es más que el reconocimiento del carisma que les impulsa. El carisma que han recibido del Espíritu los convierte en «ojos, oídos y corazón» de Dios; por eso sienten de manera especial los gritos silenciosos de esos niños y jóvenes necesitados. Se han descubierto a sí mismos como *mediadores* del amor de Cristo. Este es el núcleo de toda su espiritualidad. Y de esa mediación les viene su autoridad.

Vienen enviados como profetas que saben leer los signos de Dios en la historia y en el mundo, y reconocer las «*semillas del Verbo*» (Vaticano II, *Ad gentes* 11) en la cultura, en los pueblos, en las personas de sus alumnos. Por eso están capacitados para despertar la esperanza en aquellos a

los que han sido enviados, y para acompañarlos en el camino hacia su realización humana y cristiana.

## **Una escuela para la vida**

La tercera clave es consecuencia de las dos anteriores. Una comunidad de personas que se sienten «ojos, oídos y corazón» de Dios no puede limitarse a aplicar en la escuela unos programas previamente confeccionados o simplemente heredados del pasado. Su primera preocupación es ver, oír y sentir a esos niños y jóvenes. Y desde las preguntas y las necesidades que han surgido de ellos nacerán las respuestas que la comunidad educativa intenta dar en la escuela.

No vale cualquier escuela para que se pueda decir de ella que es «signo del Reino»; no toda escuela es signo de esperanza. La escuela que sólo es repetidora de contenidos no aporta esperanza sino aburrimiento. La escuela a la que las comunidades de religiosos y religiosas educadores han servido con sus vidas ha sido una escuela para la vida, centrada en la persona del alumno y no en los programas de asignaturas.

Los principales beneficiados de esta escuela han sido precisamente los que más carecían de sentido y esperanza porque estaban al margen de la sociedad y de la historia. Los hijos de los obreros y de los pobres podían aprender en las escuelas de estos educadores el uso de la palabra; con ella adquirían conciencia de sí mismos y de su identidad; entraban en el mundo de las relaciones humanas y religiosas, se integraban en la sociedad y en la Iglesia; se convertían en sujetos activos de la historia; también de la Historia de Salvación.

## **CUANDO SE PIERDEN LAS CLAVES**

Nuestra historia no ha sido siempre una búsqueda del tesoro. En nuestra escuela, a veces, han desaparecido las claves que hacían de ella un signo

de esperanza. Y sin claves no hay búsqueda, sólo queda una estructura que intenta prolongarse a sí misma. Las claves desaparecen con las rupturas que se van produciendo entre elementos que deberían estar muy unidos en la escuela.

## **La ruptura entre lo escolar y lo educativo**

La pérdida más evidente fue la relación escuela-vida. Simbólicamente podríamos decir que la búsqueda del tesoro se redujo a un paseo organizado donde todas las preguntas y todas las respuestas estaban perfectamente calculadas y previamente redactadas.

El cambio se dio de forma generalizada cuando comenzaron a extenderse las legislaciones estatales en torno a la escuela y se impusieron los programas obligatorios de asignaturas. Así comienza el paso de la escuela de la iniciación (la escuela de la vida, la que ponía el centro en la persona, la que escuchaba las necesidades de los alumnos...) a la escuela de los contenidos (la que tenía todas las respuestas ya prefabricadas).

La entrada de los bloques de contenidos –las diferentes asignaturas– responde a una necesidad social, ciertamente. Pero va acompañada de un cambio profundo de orientación: la escuela deja de preocuparse, ante todo, por la preparación para la vida –lo que se lograba con el desarrollo de estructuras lógicas y el establecimiento de relaciones– y pasa a centrar su atención en el aprendizaje y memorización de contenidos y la capacitación para los exámenes. Además, el currículo de contenidos vendrá impuesto verticalmente desde fuera de la escuela y según los intereses en boga de gobernantes y otros poderes fácticos, con lo que se aumenta la dificultad de conectar con las necesidades cercanas y reales de los alumnos.

Poco a poco se va distanciando «lo escolar» y «lo educativo». Lo escolar se identifica con los programas curriculares de las asignaturas impuestas desde el Estado. Lo educativo es todo aquello que tiene que ver con la vida real, con los intereses próximos de los alumnos y su maduración per-

sonal, con las relaciones sociales, con el desarrollo del pensamiento crítico, con la organización del ocio... Todo esto se considera como un «plus» que supera el proyecto de la escuela, pero que «el buen educador» no puede dejar de atenderlo, por lo que pasa a constituir las actividades «extra o peri-escolares»; en consecuencia, queda reservado para una élite, para los que disponen de «tiempo libre» (que son quienes pueden dedicarse a ello) o, simplemente, los que pueden pagar estas actividades que, por no ser «escolares», no siempre están sujetas a la gratuidad...

Así es como muchas escuelas, también de instituciones religiosas, se fueron transformando en academias, donde la preocupación fundamental era la transmisión de unos contenidos intelectuales perfectamente programados, y su adquisición lo más perfecta posible por parte del alumno, cosa que debía reflejarse en los exámenes.

## **La ruptura entre profesionalidad y espiritualidad de la educación**

Muchos de los «buscadores del tesoro», los que tenían por carisma reinventar la escuela, sin darse cuenta se transformaron en repetidores del esquema oficial, funcionarios al servicio de un programa estatal; se olvidaron de que lo suyo era ser profetas de vida y signos de esperanza, especialmente para los más marginados de la esperanza, para los que no se adaptaban al programa oficial de asignaturas... Otros tuvieron que acostumbrarse a vivir un doble juego, el de la fidelidad a lo académico y el de la atención a la persona y a la vida... y no era fácil mantener el equilibrio.

La insuficiencia de religiosos o religiosas para cubrir ciertas especialidades o, simplemente, para el número de plazas requeridas en las obras educativas que dirigían, se soluciona, aunque sea a regañadientes, con la contratación del personal seglar necesario, cada vez en mayor abundancia. En la mayor parte de los casos los seglares entran como simples trabajadores, en condiciones de subalterno, para realizar tareas pedagógicas bien precisas, pero sin facilitarles su identificación con el proyecto global, con la «búsqueda del tesoro».

Cuando este hecho comenzó a producirse, las religiosas y religiosos educadores partían de un principio falso: pensaban que la espiritualidad propia de su carisma, aquella que les descubría el sentido profundo de su tarea educativa para poder realizarla como una misión y una búsqueda apasionada del tesoro, era algo propio suyo, «no apta para seculares». Por consiguiente no les proporcionan a éstos las motivaciones que les permitirían pasar de ser meros profesionales a convertirse también en buscadores del tesoro.

Unas rupturas producen otras. Así apareció el concepto «pastoral escolar» como algo no identificado plenamente con la escuela y su proyecto educativo, sino como un «plus» añadido a la escuela para que ésta sea evangelizadora.

Para unos, esta «pastoral escolar» era algo así como un remiendo que se cosía a la escuela, no porque ésta lo necesitara, sino porque gracias al cual se podía colocar la etiqueta «escuela católica».

Para otros la «pastoral escolar» era como el distintivo de la comunidad religiosa que patrocinaba la escuela, y también su tarea específica, pues eso –así pensaban– era lo peculiar de las personas religiosas y no las tareas profesionales específicas de la escuela.

De esta forma se establecía la división entre los «profesionales» y los «pastoralistas». Cuando se hablaba de evangelizar en la escuela se entendía que esa era una tarea propia de los pastoralistas, los «espirituales», no de los profesionales. Muchos de éstos (incluidos religiosos y religiosas) se consideraban exentos de la labor de evangelización, porque, se decían, ¿qué tienen que ver las matemáticas, o la gramática, o la geografía... con la evangelización?

## **La ruptura entre equipo de trabajo y comunidad**

Un equipo de trabajo y una comunidad son dos cosas diferentes, aunque no opuestas.

Un equipo es una agrupación de personas cuya finalidad es realizar una acción común. El equipo se reúne para trabajar juntos.

La comunidad, independientemente de que se realice o no una acción común, atiende primeramente a las personas que la componen. Es decir, da prioridad al «ser» sobre el «hacer».

No es que haya oposición entre equipo y comunidad, pero no tienen por qué coincidir. En el equipo lo que interesa son las funciones que desempeña cada miembro; el equipo trata de coordinar dichas funciones para lograr los mejores resultados en el trabajo conjunto. El «vivir juntos» del equipo se termina en el «hacer juntos». La comunidad une a las personas por dentro, en su interioridad, y no simplemente en sus funciones. Se logran así sentimientos comunes y una tendencia a realizarse en la intercomunidad personal. Es un «ser juntos» que conduce a «realizarse juntos», en solidaridad unos con otros. La relación interpersonal es mediadora de este crecimiento del «ser».

Las religiosas y religiosos educadores, cuando animaban solos una escuela, habían vivido de forma integrada el equipo y la comunidad. La comunidad era la fuente donde se alimentaban de la espiritualidad que daba sentido a su trabajo.

Cuando se produjo el hecho que referíamos, la entrada de profesionales seculares en la escuela de los religiosos y religiosas, éstos siguieron viviendo su comunidad, pero al margen de los educadores seculares, en muchos casos subrayando bien la «clausura» y evitando las relaciones personales con los colegas seculares. Pero las propias necesidades académicas exigían la formación del equipo de trabajo. El equipo iba destinado a favorecer la acción profesional, especialmente en aquello que había acaparado la escuela, el programa académico; pero no ofrecía motivaciones. Las motivaciones, el sentido profundo —la espiritualidad en definitiva— de la educación, se transmiten a través de la relación personal, no simplemente funcional; se encuentran y se transmiten en la comuni-

dad, porque es la comunidad el lugar donde se comunica el Espíritu y donde se renueva y actualiza el carisma que hemos recibido para la misión.

Notemos ahora la relación entre las tres rupturas, empezando por la última que hemos señalado: la falta de relaciones comunitarias, la falta de relaciones personales entre los educadores religiosos/religiosas y seculares impidió o dificultó el descubrimiento de la espiritualidad de la educación, especialmente en los seculares. La falta de espiritualidad en los educadores reducía la escuela a una plataforma académica, porque era la espiritualidad quien abría los ojos de los educadores para ver el auténtico centro de la escuela, que no son los programas sino las personas de los alumnos y sus necesidades, y quien hacía descubrir que la cultura no es un conjunto de respuestas sino, sobre todo, un camino construido con muchas preguntas que avanzan hacia la comprensión de la persona humana, del mundo y de la historia.

## **LOS VIENTOS NUEVOS DEL ESPÍRITU**

El Espíritu ha levantado muchos vientos e incluso vendavales en los últimos tiempos, en la Iglesia y, de manera particular, en el campo de la escuela. Ha dejado a la intemperie muchas de nuestras seguridades y ha tirado por tierra muchas estructuras que no tenían consistencia. Algunos de los signos que nos ha dado son incluso dolorosos y aparecen primeramente como signos de muerte, cuando, en realidad, apuntan a otra forma de vida; es el caso de la disminución en el número de religiosos y religiosas que nos dedicamos a la educación. Ha sido justamente esta disminución la que nos ha hecho contar más con los seculares y nos ha obligado a transmitirles los secretos que nosotros habíamos descubierto, lo que he llamado «espiritualidad», para salvar así el sentido de la escuela como búsqueda del tesoro.

Analícemos algunos de estos signos.

## La recuperación de la escuela como signo de esperanza

La sociedad –lo mejor de ella, al menos– se resiste a que le arrebaten este signo de esperanza que siempre ha sido la escuela en medio del pueblo. Últimamente hemos asistido a muchas muestras de esta resistencia y de lucha por recuperar la escuela como un signo vivo. Entre ellas está el Informe Delors, ya mencionado. Pero hay otras muestras que van acompañadas de la fuerza profética que transforma, como las redes de escuelas populares que se establecen en muchos lugares del Tercer Mundo («Fe y Alegría»...), o nuevas instituciones educativas que surgen en el primer mundo, dedicadas a las nuevas formas de marginación.

En esas muestras de resistencia hay, primariamente, una denuncia que debemos encajar: el que nuestra escuela haya dimitido de su principal responsabilidad, que es la de ser elemento iniciador e integrador social, y se ha reducido a lo más fácil, a ser un simple transmisor de contenidos intelectuales, de «saberes» aislados. O tal vez se preocupa del saber como *fuerza de aprendizaje*, e incluso del *saber hacer*, pero se olvida del *saber ser* y el *saber convivir*<sup>2</sup>. Nuestro primer reto es recuperar la escuela como proyecto integral de educación. Lo cual no consiste en ver cómo añadimos nuevos aspectos a nuestro currículo escolar; se trata más bien de reorganizar todo nuestro proyecto educativo a partir de este principio: la persona no se realiza fundamentalmente en la posesión de contenidos, sino en el establecimiento de unas relaciones adecuadas con su entorno, con las personas, con la sociedad, con la naturaleza. Los contenidos han de ponerse al servicio de esas relaciones, para interpretarlas y llegar a nuevas estructuras de convivencia. Se trata de un proyecto dedicado a cultivar la conciencia de pertenencia; encontrar el sentido de la propia identidad en la pertenencia a una comunidad, a un pueblo, a una historia y, ya desde la fe, al plan salvador de Dios.

<sup>2</sup> Las cuatro facetas o actividades del saber, según el Informe Delors, *La educación encierra un tesoro*, Ed. Unesco, Madrid 1996.

Se trata de concebir la escuela como lugar de encuentro, de convivencia, de escucha, de comunicación; concebirla y plantearla como un escenario donde los alumnos, al igual que los demás miembros de la comunidad educativa, se conviertan en actores de un aprendizaje constructivo basado en la experimentación de los valores que construyen la comunidad. El Informe Delors presentaba ya como una urgencia especial que sobresalía entre los cuatro pilares de la educación: «*Se trata de aprender a vivir juntos ... y, a partir de ahí, crear un espíritu nuevo que impulse la realización de proyectos comunes... La Comisión piensa en una educación que genere y sea la base de este espíritu nuevo...*» (Introducción, p. 17).

En este tipo de escuela tiene sentido hablar de iniciación cristiana, de Buena Noticia, de *proyecto educativo evangelizador*.

Esta escuela desborda el marco académico y se configura como *ámbito de vida*, plataforma educativa en la que se dan grupos humanos originados por afinidades culturales, deportivas, festivas, amistosas, políticas... y también religiosas; afinidades e intereses que dan origen a las mil y una actividades que se desarrollan en el marco escolar, entre profesores, alumnos, padres de alumnos, simpatizantes...: charlas, competiciones, campañas de realidades humanas, experiencias sociales, investigación..., y también grupos de catequesis formados por aquellos miembros de la comunidad educativa –alumnos, padres, profesores...– que deseen profundizar en su fe.

## **Los nuevos buscadores del tesoro**

Esa escuela de la que hablamos con esperanza viene de la mano de todo un nuevo grupo de «buscadores del tesoro», es decir, de educadores vocacionados.

Es interesante caer en la cuenta de la dinámica que aquí se establece, en un doble sentido:

- Un escuela se constituye como ámbito de vida cuando está animada por un grupo de educadores vocacionados, más preocupados por la vida, es decir, por las personas y sus necesidades reales, que por los programas académicos o el prestigio social del centro.
- Pero también: cuando una escuela tiende a constituirse como ámbito de vida se convierte al mismo tiempo en lugar de convocatoria para educadores. Y la razón es clara: esta escuela se manifiesta como signo de esperanza, signo que llama la atención y golpea las conciencias de muchos observadores que se sienten identificados con lo que ese signo está proclamando. Atraídos por el signo, gente que hasta entonces no había pensado para nada en la educación, se dirá: *«Esto sí merece la pena. Es algo tan valioso que bien puedo gastar en ello parte de mi vida, de mi tiempo, de mi energía...»*. Esa escuela será como una caja de resonancia donde se amplifican las llamadas. Cada alumno o alumna que está en esa escuela creciendo, iniciándose en la vida, es una llamada, y de manera especial si está en situación de pobreza.

Los que se acercan a esta caja de resonancia y escuchan con atención, enseguida se dan cuenta de que las llamadas que aquí se oyen no se satisfacen sólo con matemáticas, literatura o religión, sino que requieren una respuesta más integral y compleja, la respuesta que debe dar un proyecto educativo en el que participa una gran variedad de personas. Así es como muchas personas descubren que tienen algo que aportar a este proyecto educativo, aunque sólo sea el testimonio de su vida.

¿Quiénes son estos nuevos buscadores del tesoro?

- Junto a los religiosos y religiosas educadores, los primeros que debemos nombrar son muchos de los profesores seculares que estaban compartiendo la tarea educativa y que no quieren resignarse a ser simples profesionales de la enseñanza. Felizmente, ellos también han sentido la llamada y han descubierto que podían vivir su empleo y su profesión de

enseñante con esta otra dimensión más profunda, la vocación de educador. Para estos profesores el alumno o alumna ya no es sólo un receptor de conocimientos, sino una persona a la que tenemos que asomarnos con mucho respeto para su misterio, y cuyas necesidades son un reto a nuestra creatividad. Estos profesores-educadores se descubren a sí mismos como *mediadores* en el proceso de maduración de sus alumnos. Para sentirse *mediador* hay que tener un poco de humildad; hay que bajarse del peldaño (la tarima) de protagonista para aceptar un plano secundario. El educador-mediador deja de ser el *magister* (el que es más, porque sabe) para ser simplemente el *minister* (el que es menos, porque sirve).

- Al lado de los profesores hay otro grupo de personas que desarrollan su profesión en el entorno de la escuela, y a los que frecuentemente no se les ha tenido suficientemente en cuenta, cuando de hecho estaban interviniendo en la tarea educativa de la escuela, y a veces con mucha influencia. Son los educadores «sin aula oficial», las personas que trabajan en la recepción, en la secretaría, en la administración, en la limpieza... Son personas que marcan el estilo de la escuela en diversos sectores, y gracias a su trabajo la labor de los educadores con aula se facilita o se dificulta. Estas personas descubren también la llamada que resuena en la escuela y se sienten parte del mismo proyecto educativo, y sienten que este proyecto, que es signo de esperanza para toda la sociedad, da un sentido profundo a sus propias vidas y a su quehacer, más allá de la motivación económica del empleo.
- La mayor novedad viene del grupo creciente de personas que, ejerciendo su profesión fuera del entorno escolar, se sienten vocacionalmente atraídos por la llamada que resuena en la escuela. Muchos descubren su vocación de educadores al margen de su empleo y profesión; es una experiencia más fácil de gozar en las sociedades desarrolladas como la nuestra, donde se dispone de un tiempo libre relativamente amplio, una vez cubiertas las necesidades vitales con el

empleo o la seguridad social. Muchos padres, a través de sus propios hijos o de la participación que se les ha brindado en alguna organización escolar como la Asociación de Padres, se han sentido interpelados y aludidos por esa llamada misteriosa y llena de vida que resuena en la escuela.

El modelo de escuela al que antes nos referíamos como «ámbito de vida» se hace posible gracias a este nuevo grupo de «buscadores»; difícilmente podría ser impulsada sólo por el grupo de profesionales de la escuela, por generosos y dispuestos que sean; supera normalmente sus posibilidades de tiempo, dedicación, habilidades... Esta escuela necesita educadores «no profesionales», es decir, muchas personas, jóvenes y adultos, que aportan voluntariamente una parte de su tiempo y de sus fuerzas para realizar el proyecto educativo de la escuela en las múltiples facetas que ya hemos nombrado, aunque su profesión se desarrolle en otros ámbitos muy diferentes de la escuela.

Pero es importante que la incorporación de todas estas personas, los profesionales y los no profesionales de la escuela, a la comunidad educativa escolar no sea sólo en calidad de «recursos humanos» sino desde la participación consciente en la misión, desde la formación que ha de facilitárseles en el carisma y la espiritualidad que dan vida a esta misión. Son el carisma y la espiritualidad que hasta hace poco parecían propiedad exclusiva de la comunidad religiosa. Desde el momento en que es un carisma para la misión, ese carisma puede contagiarse a todos los que comparten la misma misión, aunque sea desde diferentes opciones de vida. Y la espiritualidad originada por ese carisma puede servir también a los seculares para descubrir las riquezas y el sentido que se esconden en esa misión.

## **El nuevo escenario eclesial**

Los protagonistas, viejos y nuevos, de esta escuela que queremos que sea evangelizadora, formamos parte de un nuevo escenario eclesial en el que

han cambiado profundamente las relaciones. Desde el Concilio Vaticano II la Iglesia se está transformando, aunque lentamente y con muchas resistencias internas, en torno a un eje que define muy bien su identidad más original: *una comunión para la misión*. Al definirse así, la Iglesia está afirmando que, en ella, la igualdad básica y fundamental entre todos es antes que las diferencias por cuestiones de puestos y ministerios, y que la llamada común a la santidad es antes que las especificaciones vocacionales, y que la comunidad y la relación interpersonal son antes que la institución y la organización.

En este modelo de Iglesia se afirma como núcleo central la misión común, la obra de la evangelización, y a esa misión cada creyente sirve desde sus propios dones, desde su propia vocación. Siempre será la única misión de la Iglesia, desarrollada en diversos campos, en nuestro caso en el campo de la educación y más concretamente en la escuela.

Esta misión eclesial desarrollada en comunión produce la comunión entre sus protagonistas y en los destinatarios.

Simultáneamente, en este nuevo modelo de Iglesia ha cambiado la manera de entenderse a sí misma la vida religiosa. Ya no está separada de los demás creyentes, sino que debe trabajar, codo con codo, al lado de ellos. Lo suyo no es ya el ser «expertos en clausura», sino «expertos en comunión». Y muchas de las características que, al parecer, distinguían a la persona religiosa de la persona seglar, como la vida comunitaria o la dedicación al apostolado o la radicalidad evangélica, son asumidas sin complejos por grupos de seglares, como exigencias propias del Bautismo y Confirmación.

Ahora ya podemos hablar de «misión compartida» entre religiosos y seglares, porque también podemos hablar de comunión. Será un proceso de comunión para la misión, donde tiene un papel fundamental el carisma que ha dado origen a la Institución. Lo que fue el dinamismo fundacional debe recuperar su protagonismo en esta refundación.

## **EVANGELIZAR EN LA ESCUELA... ES CONSTRUIR LA COMUNIDAD**

### **El signo está en la comunidad**

«Evangelizar en la escuela» no es tanto hacer algunas cosas especiales, sino convertir la escuela, toda ella, en un elemento evangelizador, hacer de ella una «buena nueva» para nuestros alumnos, un signo de esperanza para toda la sociedad; y ésta es tarea de religiosos/as y de seculares, pero también de creyentes y de no-creyentes.

Esta escuela es posible si sus educadores son «buscadores del tesoro» y no simples profesionales de una rama del saber. Para ser buscador se necesita ser una persona vocacionada, alimentada por tanto de la espiritualidad, que revela el sentido profundo de la tarea educadora. Un educador ha de tener vida interior, es decir, capacidad de ver más allá de lo inmediato, capacidad de admirarse ante el misterio de las personas –de sus alumnos–, capacidad de descubrirse a sí mismo como un mediador y reconocer la grandeza y la responsabilidad que lleva consigo. Necesitamos empeñar en la búsqueda del tesoro, en la confección de esta escuela evangelizadora, no sólo a los profesionales de la escuela, sino también a otras muchas personas que se sientan vocacionadas para la educación en formas muy diversas.

Pero todo lo anterior está condicionado al logro de una gran clave, que es al mismo tiempo el gran reto: *la comunidad*. El signo está en la comunidad, lo estuvo entonces, cuando la comunidad que animaba la escuela estaba formada por personas consagradas, y lo estará hoy, cuando la comunidad educadora es tan heterogénea. El secreto de la escuela evangelizadora no está en el número de actividades sino en la calidad de las relaciones; como el secreto de la evangelización no está en la magnitud o la heroicidad del esfuerzo que desplieguen sus protagonistas, sino en la comunión que promuevan.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Cf. Congregación para la Educación Católica, *Educar juntos en la Escuela Católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos* (8 de septiembre de 2007), n. 13.

Sintonizamos con el pensamiento de Juan Pablo II, quien, en la carta con la que abría el nuevo milenio, proponía a toda la Iglesia un programa que él sintetizaba de esta forma:

*«Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.*

*Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.» (Novo Millennio Ineunte, 43).*

Por eso, al final de esta reflexión, me quedo sólo con una propuesta que es, al mismo tiempo, camino y meta.

## **La comunidad, contenido y método de nuestro proyecto**

La comunidad representa el *contenido* y el *método* de nuestro proyecto educativo; y aún hay que añadir: ella es también el *sujeto*. La comunidad como *estilo de vida* es la propuesta que nuestra escuela plantea como meta, y así intenta organizarse internamente: es un «ensayo de alternativa social» que adquiere, cada vez con más nitidez, la forma y el contenido de una *educación para la justicia y la solidaridad*, a modo de *eje transversal* que afecta a todo el desarrollo curricular y a toda la vida de la comunidad educativa.<sup>4</sup>

– *Amplificar los márgenes de la comunidad educadora*

---

<sup>4</sup> Cf. íd. n. 39.

El *proceso hacia la comunidad* sólo se puede impulsar *desde una comunidad*. Si hablamos de la escuela como comunidad, en su sentido amplio, es sólo en la medida en que existe la comunidad educadora, en sentido restringido.

¿Dónde ponemos los márgenes de nuestra comunidad educadora? Tradicionalmente se limitaban a los profesores y el equipo directivo; sólo ellos intervenían en la vida escolar. Pero esto ya no es así; o al menos, no puede seguir siendo así. Es necesario establecer lazos de comunión y favorecer la sintonía entre los que están en el escenario, a la vista de todos, y los que están «entre bambalinas», haciendo posible que la acción en escena se desarrolle adecuadamente. Si no hay sintonía entre unos y otros se romperá el hilo de la narración o aparecerá distorsionada.

Por otra parte, el escenario se ha prolongado enormemente. Las necesidades de la educación en esta sociedad de hoy se han hecho de tal forma complejas que no pueden ser satisfechas por una sola persona, el maestro profesional; por el contrario, requieren la colaboración de una pluralidad de educadores que actúen todos en una misma dirección, aunque desde distintos ángulos: los profesores de las diferentes materias, monitores de «tiempo libre», animadores de grupos cristianos, «enlaces» con instituciones sociales y eclesiales...

– *Crear nuevas estructuras de relación y encuentro*

Esta diversidad de educadores tendrá que dar lugar a nuevas estructuras de relación y encuentro que superen el «claustro de profesores», pero también que vayan más allá del modelo «equipo» –centrado en la acción educativa– en favor de la comunidad –que da prioridad a la relación interpersonal.

Ciertamente, el funcionamiento de la institución escolar exige un equipo educativo que se reparta las tareas, y el director que ha de coordinarlas. Pero el proyecto educativo no tendrá vida ni podrá contribuir a la gestación de la personalidad de los educandos si no es elaborado,

vivido y sostenido por *una comunidad de personas* que han aceptado y decidido, no sólo elaborarlo y formularlo, sino también *vivirlo juntos y sostenerlo juntos* para hacerlo vivir. Así es como todos los miembros de una comunidad educativa se convierten en autores de un proyecto.

– *Buscar la motivación última en las necesidades de los alumnos*

Podemos hablar de «comunidad educadora», y no sólo de «equipo de educadores», en la medida en que está formada, sobre todo, por *educadores vocacionados*, que, por tanto, han superado la perspectiva meramente laboral e incluso la profesional, y se organizan en función de los alumnos, intentando dar la mejor respuesta posible a las necesidades de éstos. A ello se orientan predominantemente las reuniones de la comunidad. De igual modo, la obra escolar es considerada como medio de satisfacer las necesidades educativas de los alumnos, más allá de los programas oficiales, y más allá de lo legalmente establecido. Y entre los alumnos, los más necesitados son objeto de mayor atención.

La voluntad de dar respuesta a las necesidades de los alumnos sitúa a la comunidad en actitud de búsqueda y creatividad: no absolutiza las diversas estructuras escolares sino que las somete a crítica para asegurar su validez actual: las mejora, las cambia, inventa otras nuevas...

– *Promover la vida, el crecimiento y la maduración de la comunidad*

La comunidad ha de constituirse como *lugar de amistad y valoración mutua*; ha de programar momentos de encuentro y celebración, de expansión y fiesta.

Deberá dar gran importancia a *la comunicación* dentro del grupo, y esto tanto más cuanto mayor es el número de componentes. Muchas otras deficiencias en las relaciones y en el funcionamiento tienen aquí su raíz. Habrán de buscarse cauces fluidos y eficaces que faciliten la comunicación: entre los directivos y el conjunto del profesorado, de los

educadores entre sí; de éstos con los demás estamentos de la comunidad escolar.

Ha de fomentar *el diálogo* en el grupo; que todos puedan expresarse, que se estimule la participación de todos, el escucharse mutuamente. En la toma de decisiones hay que procurar que, en lo posible, se haga por consenso o acuerdo, y no mediante votación. Para ello es preciso pasar de la discusión al compartir: discutir es exponer las propias ideas para defenderlas; compartir es proponer sus ideas para enriquecerlas con las ideas ajenas; sólo el diálogo compartido hace posible el progreso.

La integración ha de llevarse a cabo, no mediante la reducción de las diferencias entre los miembros del grupo, sino mediante su *complementariedad*. Es frecuente, sobre todo en grupos reducidos, que se ahoguen muchas iniciativas por temor a sobresalir, a sentirse apuntado con el dedo... Y hay que tener en cuenta que la nivelación tiende a darse por el listón más bajo o más cómodo, no por el más exigente.

Estas y más cosas que caracterizan a una comunidad han de situarse en un proceso: la comunidad no es algo que uno se encuentra «hecho», ni siquiera cuando se ingresa en una que lleva tiempo funcionando. *La comunidad es siempre algo por construir*: desde el intento, siempre renovado, de acercamiento a cada una de las personas; desde una actitud de diálogo que me obliga con frecuencia a dejar de lado las propias opiniones para considerar las de los otros; desde la búsqueda conjunta de los fines de la comunidad; desde el trabajo en equipo, con todas las dificultades que lleva consigo, sobre todo para quien está acostumbrado a dirigirse «magistralmente» desde una tarima a un grupo de muchachos que «sólo pueden escuchar». Habrá que superar miedos, inseguridades, prejuicios... Habrá que aprender a perdonar, olvidar, disculpar... Estamos ante un camino arduo, si se quiere tomar en serio.

## Evangelizar desde la comunidad de fe

«*Evangelizar...*» en la escuela o en cualquier otro medio, tiene siempre una dirección y un objetivo bien precisos: anunciar la persona de Jesús Resucitado y proponer su mensaje, el Evangelio, como estilo de vida. Ahora bien, anunciar a Jesús es tarea y responsabilidad de los creyentes en Jesús; proponer el Evangelio es el compromiso que asume la comunidad de creyentes, la comunidad de fe.

El proyecto educativo de nuestra escuela, siendo un proyecto evangelizador, debe incluir como objetivo mostrar a Jesús y su mensaje a los alumnos y demás miembros de la comunidad educativa en la medida en que éstos sean receptivos para acoger la Buena Nueva. Pero para poder hacer esta propuesta es necesario que en el interior de la comunidad educativa haya una comunidad de fe, que es quien asume esa responsabilidad. Como la punta de la flecha marca la dirección de toda la flecha sin separarse de ella. Ese papel era asignado tradicionalmente en nuestras escuelas a la comunidad religiosa. Pero esto no puede ser ya así. Los creyentes de la comunidad educativa, religiosos/as y seculares, han de asumir conjuntamente esa responsabilidad.<sup>5</sup>

En la nueva comunidad educativa que hemos descrito, la comunidad de fe debe ser fermento de unidad. Siempre en unión con los demás miembros y trabajando codo con codo, sin protagonismos que no sean imprescindibles, intenta que la escuela sea realmente el ámbito comunitario en el que los jóvenes puedan iniciarse a la sociedad. Y ha de ser un signo profético: deberá dirigir su denuncia profética sobre las estructuras puestas en marcha para llevar adelante el proyecto educativo. Porque si se comprueba que favorecen interpretaciones poco evangélicas: de dominio, de instrumentalización de las personas, de dar más importancia a la eficacia que a la atención de los más desfavorecidos..., será necesario transformar o eliminar tales estructuras.

---

<sup>5</sup> Cf. *Íd.*, n. 55.

Para poner en marcha la comunidad de fe entre los creyentes que ya colaboran en la escuela, primeramente han de tomar conciencia de que la comunidad de fe ya existe entre ellos aunque sea de manera germinal, y que lo único que han de hacer es impulsarla a partir del punto mismo en que se encuentran. Así comenzarán a crear las estructuras que acrecienten la comunión entre ellos y que les permitan ser fermento en la comunidad educativa. A partir de ahí, déjense guiar por el carisma que ha dado origen a esta obra de evangelización. El Espíritu, que estuvo presente en sus comienzos, también lo estará hoy en la *refundación*, y seguro que no será ni menos claro ni menos exigente de lo que lo fue entonces.